

— Me convenzo, dije mirando á R...

— Propondré, dijo este, un medio de transaccion, porque si tú estás convencido, es inútil mi oposicion. Dáme tinta y papel.

Tomó la pluma y escribió.

Concluido que hubo, puso en el encabezamiento con hermosa letra gótica: « Prólogo. »

— Y bien, dijimos C... y yo, te escuchamos.

— Es inútil, nos contestó; he trascrito nuestra conversacion y ella será el prólogo. Dobló el papel, se lo guardó y nos citó para la imprenta.

Méjico, 25 de noviembre de 1863.

EL AUTOR.

EL OFICIAL MAYOR.

CAPITULO PRIMERO.

EN DONDE SE VE QUE EL MIEDO EN SOCIEDAD CONSTITUTE
EL VALOR.

En el año de 185... habia en la ciudad de Méjico, en una de las calles próximas á Santo Domingo, una casita baja de aspecto humilde. El frente de ella no presentaba mas que un pequeño zaguan, en cuyas puertas, pintadas de verde, se hallaban fijadas dos pequeñas rejas de madera, pintadas del mismo color. A dos varas de distancia, una

ventana estrecha, aunque bastante capaz para permitir que asomase por ella una persona cómodamente. No había reja para seguridad de los que habitaban aquella casita. El interior de ella presentaba un aspecto de alegría y de tranquilidad poco comunes en la época en que comienza nuestra historia.

En efecto, las pasiones políticas, ó mas bien dicho, las ambiciones ruines agitaban á la desgraciada República en un mar tempestuoso de intrigas y conspiraciones, que derrocando unos tras otros los diferentes gobiernos daban de este modo el tristísimo resultado de engendrar nuevos odios entre todas las clases, desmoralizándolas, aniquilando el espíritu público, y agotando las fuentes de la riqueza social.

A pesar de esto, la familia que habitaba esta modesta casa, se mantenía ajena á la borrasca que agitaba á la nación.

Era la tarde de un día de abril. El sol, comenzando á caer, apenas doraba una parte de las paredes del patio de la pequeña casa. Los últimos rayos del astro al tocar los perfumados pétalos de las flores que adornaban el patio, habían dejado

la brisa tibia impregnada con los suavísimos olores que ellas despedían.

Sentada en una pequeña silla, con asiento de paja, entre una multitud de macetas, estaba una jóven ocupada en copiar en un fino tejido un dibujo que había colocado en una silla á su frente. Sobre un tapete en que descansaba sus piés, estaba poltronamente recostado un enorme gato blanco, que interrumpía las labores de la jóven, cada vez que el carrete se deslizaba de sus faldas.

Era una niña como de quince años. En su frente, blanca como el cáliz de las azucenas, se transparentaba el candor de su alma; unas cejas negras y arqueadas, ojos rasgados en cuyo color castaño oscuro brillaba el fuego de una alma tan candorosa como ardiente; nariz delgada y ligeramente curva; unos labios frescos y teñidos de un suave carmin, formaban una boca diminuta y graciosa, en cuyos límites dos pequeñas líneas daban á su fisonomía el tipo de una de esas vírgenes de Murillo, llenas de dulzura y de bondad. Este gracioso conjunto, que formaba un rostro de un óvalo perfecto, se hallaba engastado, por decirlo

así, entre dos madejas de suavísimos cabellos negros. El cuerpo de la joven correspondía perfectamente á la belleza de su rostro; un cuello torneado, un talle de abeja, unos brazos sombreados apenas por un vello imperceptible, unas manos pequeñas cuya transparente piel dejaba traslucir por la parte inferior un color ligero de nácar, unos dedos primorosamente torneados y algo puntiagudos con uñas rosadas y unos piés delicados: tal era el conjunto de la belleza que hemos procurado describir.

La tranquila respiracion que movia su pecho en compasados intervalos, la atencion imperturbable con que se ocupaba de su labor, y la franca alegría que presentaban sus facciones riñendo al gato, ya por sus juegos inocentes, ya por la pereza con que dormitaba recostado sobre la orilla de su finísimo vestido de muselina color de rosa, indicaban claramente que no habia experimentado aun los dolores del alma.

Después de un rato de estar trabajando, se levantó dejando ver su estatura algo elevada, y acercándose á un cenador formado en uno de los costados del patio con latas de madera pintadas

de verde, en las que se sostenian matas de madre-selva y de rosa enredadera, se puso á contemplar dos hermosos canarios, que revoloteaban alegres en una primorosa jaula de metal, picoteando de vez en cuando las flores próximas á sus doradas rejas, llevando granos de alpiste en su rosado pico que dejaban caer sobre las macetas al despedir sus placenteros trinos, como queriendo significar su regocijo al aproximarse la simpática Virginia.

Entablando conversacion con los inocentes animalitos: « ¡Desperdiciados, les dijo, un dia de estos los he de dejar sin comer! ¡Tirando siempre el alpiste y rompiéndome mis flores! Y no solo desperdiciados, sino ingratos, ¿á qué viene tanto afan por sacar la cabeza por entre las rejas? pretenderán Vds. escaparse cuando los quiero tanto y los cuido con tanto esmero? Ni siquiera me agradecen haber gastado mis ahorros en comprar esa jaula tan primorosa. » Así hablaba Virginia á los dos prisioneros, cuyos esfuerzos diarios y continuados tendian á adquirir su libertad. El campo, el aire libre, el espacio, era lo que necesitaban aquellos animalitos, y por eso acaso sus silbidos eran á veces tristes y se prolon-

gaban dolorosamente: hijos del cielo, necesitaban la libertad.

Durante la conversacion de Virginia con sus canarios, habia llegado á la reja interior que comunicaba con el patio un jóven que se detuvo, acaso indiscretamente, para escuchar lo que esta decia.

Cuando concluyó de hablar, tocó suavemente con la mano para llamar la atencion de Virginia. Esta, con la mayor naturalidad, se acercó á la reja para ver quién era.

— Mande Vd., dijo levantando el picaporte y tiñéndose sus mejillas de un vivo carmin.

El jóven entonces, descubriéndose respetuosamente, saludó con alguna turbacion contestando:

— Buscaba á mi amigo David.

— ¿A mi hermano? contestó Virginia; no está ahí, pero si Vd. gusta pasar á esperarlo, no debe tardar.

— Temo ser importuno, señorita, volveré, dijo el recién llegado, clavando en Virginia una mirada llena de dulzura.

— De ninguna manera, caballero, dijo esta ruborizándose mas y mas.

— En tal caso acepto; y se adelantó precedido de Virginia, que empujando la vidriera mas próxima, que tenia á su izquierda, invitó al jóven para que entrase.

Este no lo hizo sino despues de Virginia, que adelantándose hasta el centro de la sala, é indicando al jóven con la mano el asiento de la derecha del sofá, lo obligó á sentarse en ese preferente lugar á pesar de su resistencia. En seguida, dando á su fisonomía una expresion, aunque modesta, de graciosa cortesía, dijo: « Permítame Vd. que avise á mi mamá, » y se retiró por la puerta que daba á las piezas interiores.

La pieza en que se hallaba el jóven era una sala cuadrilonga cuyas paredes estaban pintadas sencillamente al temple. Un tablero en la parte inferior servia para interceptar la humedad: una alfombra del país cubria el piso: el modesto ajuar se componia de un sofá y una docena de sillas de cerda negra, una consola, cuatro columnas de estuco, en dos de las cuales habia dos estatuas de yeso representando unas Bacantes, y en las otras dos unos candelabros de cristal de forma antigua. Un piano cuadrilongo ocupaba uno de los

costados de la sala, indicando que no era extraño el arte de Bellini para Virginia. — Sobre la consola estaba colocado, en primer término, un gracioso florero de porcelana de rosa y oro, en el cual se veía un ramo de violetas; la consola estaba además cubierta con profusion de una multitud de juguetillos de cristal ó de porcelana, representando animales, flores, hombres y mujeres.

Unas cortinas blancas como la nieve, que se cruzaban bajo unas goteras de brocatel azul, un tanto usadas, adornaban la puerta principal de la sala.

El lector nos perdonará si nos hemos detenido en estas minuciosidades, pero ellas nos parecen necesarias, porque las apariencias están generalmente de acuerdo con el carácter y las inclinaciones de las personas á quienes se refieren. Ahora nos ocuparemos del jóven, á quien hemos dejado solo en la sala.

Representaba ser de 25 años. Estatura elevada y de una robustez que unía á un aspecto fuerte y varonil una delicadeza extraña, color un tanto oscuro, ojos inteligentes y vivos, nariz recta, boca

pequeña aunque sus labios eran gruesos, adornados con un bigote naciente, negro lo mismo que sus cabellos echados hácia atrás con cierta marcialidad, dejando descubierta una ancha frente. Tal era el tipo del individuo de que nos ocupamos. Su traje era negro: sobre el lustroso satiné de su chaleco lucía un bejuco de oro finísimo colocado en un *nègligé* elegante.

Cuando salió Virginia, la mirada del jóven quedó fija en la puerta por donde aquella habia desaparecido, y al cabo de algunos instantes, como volviendo de un arrobamiento, levantó su cabeza y despidió un profundo suspiro. — Su corazón, vírgen todavía por una rareza, no pudo darse cuenta de aquella turbacion que experimentó al oír el acento de Virginia, de aquel éxtasis que en aquel momento lo preocupaba. — Antes de que pudiera volver del todo á su estado normal, la puerta volvió á abrirse, y un estremecimiento desconocido agitó su corazón al ver que Virginia volvía.

— Mamá, dijo, me encarga suplique á Vd. la dispense en este momento y me envía á desempeñarla mientras concluye.

— Siento, contestó Rafael (así se llamaba el jóven), que las ocupaciones me priven del placer de ponerme á las órdenes de la señora su mamá, á pesar de que no he sido presentado por mi amigo David en esta casa. Los estudios de este año, en que espero recibirme, y la asistencia al hospital me han privado de esta satisfacción.

— David, replicó Virginia, tiene pocos amigos, y estoy segura de que Vd. es la persona de quien nos habla frecuentemente.

En este instante se oyó en el patio una voz ronca que decia : « ¡Allá voy, ¡allá voy! »

— Sin duda está ahí David, dijo Virginia levantándose.

En efecto, era él, que entrando precipitadamente, luego que Virginia le informó de que lo buscaban, se echó en los brazos de su amigo exclamando :

— ¡ Rafael! ¡ querido Rafael! no te esperaba, pero me alegro de esta oportunidad para presentarte á Virginia. ¿Y mamá? se interrumpió dirigiéndose á aquella.

— Está ocupada, pero ya viene; y queriendo

dejarlos en libertad, se retiró discretamente prometiendo volver.

— Vamos, dijo Rafael, estoy quejoso de tí, vengo á reñirte, ¿en qué nuevo enredo te has metido? Cuéntame qué te ha pasado esta mañana.

Mientras Rafael hablaba, las facciones de David tomaban un carácter de tristeza extraordinario; una palidez súbita se apoderó de todo su semblante, y al fin, dejándose caer sobre el sofá, inclinó la cabeza como agobiado por un intenso dolor permaneciendo silencioso.

Rafael, contemplando el abatimiento de David, aproximándose mas y dando á su acento una dulzura muy expresiva : — Vamos, le dijo tomándole la mano, ábreme tu corazon y confíame tu nueva pena.

Al escuchar estas palabras, dos lágrimas se deslizaron por las mejillas de David, corriendo á ocultarse entre sus sedosos bigotes.

Sacando en seguida David su pañuelo y procurando recobrar su serenidad, dijo á Rafael : — Acabo de tener el mas horrible desengaño. Mi corazon está despedazado y no tengo mas con-

suelo que la esperanza de vengarme. Rosa, la pérfida Rosa me engañaba, y mientras que yo me entregué á su amor con la candidez de un niño, ella, ¡ingrata! cediendo á la ambicion, me sacrificaba cambiando en desden sus antiguas caricias. ¡No me cabe duda!

— Pero ¿en qué te fundas para juzgarlo así? interrumpió Rafael.

— ¿En qué? En que lo he visto esta mañana. Sospechando de la infidelidad de esa ingrata, he seguido los pasos del general Hernandez y la he visto arrojarle un ramo de violetas que él ha recogido y acercado á sus labios. No pude contenerme, y aproximándome á él le he pedido una explicacion que ha rehusado darme.

— Y bien, le contestó Rafael, no apruebo tu conducta, es necesario un poco de filosofía. Si Rosa fué ingrata contigo, si te olvidó, olvídala tú tambien. En la época actual, este es el partido mejor que puede adoptarse con las mujeres. — ¡Las mujeres! Por regla general en nuestra época solo tienen un dios, el interés. Solo una mira, la ambicion. Hay algunas á cuyo corazon, sediento de amor, no basta un solo amante. Otras, que de

almas de hielo, solo ven en el amor el medio para establecerse, para emanciparse de la tutela paterna, ignorando que el yugo marital las agobia con su enorme peso. Pocas son las que, llenas de candor, se entregan á ese dulce sentimiento con la pureza y la abnegacion que les son peculiares. Mira, pues, á Rosa como una mujer vulgar, indigna de tu afecto, y solo de este modo calmarás esa pena que tanto te contrista.

Mientras Rafael hablaba, David permanecia como extraño á lo que su amigo le decia, y solo al concluir le contestó:

— ¡Sí! Tú puedes hablar de ese modo porque no amas como yo; porque no has abrigado en tu corazon el mundo de ilusiones que hoy pierdo.

— Bien, dijo Rafael, precisamente porque son ilusiones debes olvidarlas. ¿A qué abrigar sentimientos á que no corresponde la realidad? Sé bien que la cegüedad amorosa hace ver á los hombres fantasmas y que se dejan dominar despreciando la razon. Yo te aconsejo que rasgues ese velo funesto, y entonces la calma reemplazará á esos delirios, porque no son otra cosa.

— ¡Déjame, déjame, Rafael! dijo David levantándose con violencia; tú que eres insensible puedes hablarme así, pero yo, que durante un año he nutrido en mi pecho esa inclinacion que hacia mi felicidad; yo, que he renunciado á todos los otros goces que la sociedad me ofrece, que he abandonado á mis amigos, á mis parientes, para dedicarme absolutamente á ella; yo que he bebido en sus miradas, en su aliento, el fuego que me consume; yo, que tenia una fe ciega en sus juramentos, ¿cómo puedo conformarme con perderla? ¡Oh! nunca! nunca!... prefiero morir, dijo desplomándose, por decirlo así, y cubriéndose la cara con las manos.

— ¿Y por eso no la perderás? dijo Rafael. ¿Tu desesperacion cambiará los hechos? ¿Será ella mejor porque tú te desesperes?

— Tienes razon, contestó David, la herida que ha abierto en mi pecho no se cerrará jamás, pero me queda la venganza.

— ¿Y cómo te vengarás?

— ¡Matando al general!

— ¿Y si él te mata?

— Habré dejado de padecer.

— ¡Buen consuelo! Habrás dado que reir á Rosa y al general.

— Pero es que yo procuraré matarlo.

— Otra tontería. ¿Quieres perderte por una mujer que no te merece? porque si, como creo, estás decidido á empeñar un lance serio, los resultados no pueden dejar de serte funestos de cualquier modo, sea que salgas vencido ó vencedor; á no ser que pretendas terminarlo ridículamente en el *progreso*, como generalmente terminan nuestros desafíos.

— ¡Eso no...! dijo violentamente David, lo que quiero es sangre!

— ¿Es decir que estás resuelto á batirte?

— Esta noche misma pienso enviarle al general una persona para que arregle el negocio y habia pensado en tí, pero ya veo...

— No ves... interrumpió Rafael, estás ciego: lo que te parece un remedio es un mal. Un desafío complica tu situacion sin cambiarla favorablemente.

Rafael tenia razon, el pobre David creia aliviar su pena dando la muerte á su antagonista, sin reflexionar que la sangre de un rival no cicatriza

las heridas que ocasionan los desdenes de la persona amada. Rafael añadió: — Además, cualquiera que sea la consecuencia de un duelo con el general, tu pobre padre sería la víctima. Su edad y enfermedades hacen peligrosa toda emoción fuerte. Tu mamá, cuyo acendrado cariño me has pintado, no resistirá un golpe semejante.

David se había quedado pensativo, y las razones de Rafael, penetrando en su corazón, lo hicieron vacilar por un momento; así es que contestó:

— Pero ¿qué hacer? ¿qué partido tomar? Yo he pedido una explicación al general y se ha rehusado á dármela. ¿Qué se dirá cuando refiera el hecho?...

No era ya el amor de Rosa el que impelia á David á un desafío, era únicamente el temor de ser la fábula de la sociedad, de aparecer ante ella con la nota de cobarde. Pero ¿merece este título el hombre que viendo los hechos bajo su verdadero aspecto, deja pasar desapercibidas algunas cosas que no merecen la pena de derramar sangre? La mayor parte de la sociedad mira como infamados á los hombres que tal hacen. La razón y la sana filosofía los consideran de otra manera.

Por nuestra parte creemos que una mirada, una sonrisa, una palabra, valen ciertamente menos que la resistencia de un hombre, y creemos también, que mas valor se necesita para ponerse frente á frente de esa sociedad, cuyo juicio nos preocupa tanto, que para esperar con serenidad la bala de un enemigo ó la aguda punta de su espada.

Rafael, contestando á lo que David le decía: — ¿Qué puede decirse? replicó; has pedido una explicación, no te la han dado, y tú, reflexionando con toda calma, has creído que mas pierdes el general con haberse hecho de semejante alhaja que tú con perderla, y que tu porvenir y tranquilidad son para tí mas apreciables que el injusto fallo de los locos del mundo.

David pareció por un momento absolutamente convencido y solo contestó:

— Creo que tienes razón. Y volvió á quedarse pensativo.

Aprovecharemos este intervalo para dárselo á conocer á nuestros lectores.

De la misma edad que Rafael, con poca diferencia, su estatura regular parecía baja, en razón

á lo ancho de sus espaldas, que los ejercicios gimnásticos habian robustecido demasiado : todos sus miembros, y aun sus facciones, revelaban su vigor extraordinario ; su cabeza, de una forma regular, estaba cubierta en abundancia por sus cabellos castaños claros ; su color era extremadamente blanco, formando un extraño contraste con sus proporciones atléticas ; su frente era despejada, sus ojos abiertos y francos revelaban desde luego una alma sin doblez ; su nariz aguileña un poco dura, levantándose un tanto h́acia la mitad, y su boca cubierta casi por espesos y sedosos bigotes, que iban á unirse con una barba negra y rizada, daban á su fisonomía cierta expresion de imperio. Una camisa blanquísima, un chaleco y un pantalon aplomados y una levita negra, formaban su traje.

Pocos momentos duraron sus reflexiones, porque por una extraña coincidencia, cuando David estaba á punto de calmarse enteramente, apareció en la puerta de la sala una criada vieja, la misma cuya voz se habia oido á la llegada de David, diciendo : — Niño, ahí está un criado que trae este *papelito* para Vd.

— ¿De quién puede ser? exclamó David al tomarlo, y rompiendo inmediatamente la cubierta vió que contenia una tarjeta que decia : « Ignacio de la Roca avisa al Sr. David Zúñiga que está encargado por el general Hernandez para arreglar un asunto y que espera á su apoderado en la calle de Capuchinas, n.º ..., esta noche á las ocho. »

David, presentando á su amigo la tarjeta, le dijo : — Ya ves que no es posible excusarse. Ese hombre, despues de robarme el corazon de Rosa, pretende quitarme la vida.

— En tu caso, contestó friamente Rafael, no aceptaria.

— ¿Con que me aconsejas que sea un cobarde? que me cubra de ridículo ante la sociedad?.... ¡No! Rafael.... Tú no puedes pensar de esa manera.

— Pienso, y con la mas firme conviccion, y estoy seguro de que son de mi opinion todos los hombres juiciosos. Las injurias pueden y deben ser reparadas inmediatamente, pero te repito que los duelos no son mas que el resultado del *miedo* que se tiene al fallo de los calaveras que se arrojan el título de sociedad.

— Como quiera que sea, no prescindiré de mis principios, aunque sean falsos; me batiré con mi rival, y como supongo que no querrás ser mi testigo, voy en este momento á buscar uno, dijo David tomando su sombrero.

Las extrañas teorías de Rafael respecto de un hecho tan comun á una idea tan generalizada, como es la de que sin infamia no puede un hombre rehusar la asistencia á una cita de honor, hicieron creer, como hemos visto, á David que su amigo no lo acompañaría; pero este, que á nuestro entender veía en el duelo un crimen, que la sociedad ha autorizado en otros tiempos, y que tolera en los actuales con su disimulo, pues que no puede menos de merecer el nombre de crimen el homicidio frio y premeditado por una frívola causa; Rafael, decimos, que juzgaba de acuerdo con la razon, independientemente del fallo social, lejos de rehusarse á apadrinar el lance en que debia encontrarse David, contra lo que este esperaba, le dijo:

— Te he hablado como lo debe hacer un *amigo sincero* queriendo evitar tu perdicion; pero puesto que te empeñas, quiero acompañarte.

Ya veremos como su conducta lejos de estar en contradiccion con sus teorías, como pudiera creerse, no es mas que su realizacion.

David, por su parte, no pudo resolverse á afrontar la rechilla de la sociedad y prefirió aceptar un duelo que no calmara sus dolores.